

ODA AL CHOCOLATE

Dedicada al señor Andrés María Marroquín.

Colmado de placeres
Y con una gran jícara en la mano,
Yo bendigo de Ceres
El numen soberano
Que pródigo nos brinda el mejor grano.
El cacao delicioso
Que abundante produce nuestro suelo,
Nutritivo y sabroso,
De los hombres consuelo,
Y que los dioses usan en el cielo.
Estos en sus arcanos
Resuelven en obsequio de las vidas
El dar a los humanos
La preciosa bebida
Que es en su mesa celestial servida.
«El néctar y ambrosía
Se mezclan en magnífico azafate:
Mercurio los servía,
Ceres misma los bate,
Y es concedido al hombre el chocolate.»
Desde entonces la tierra
Ofrece a los mortales de aquel grano,
Que en su origen encierra
El mérito no vano
De ser propio del suelo americano.
La América no pudo
Recibir un presentes más deseado;
Y Bolivia en su escudo
Por armas lo ha adoptado,
Y de su árbol precioso blasonado.
¡Felices e inmortales

Tierras de Neiva y Cúcuta sembradas
 Con grandes cacaguales!
 Tres veces bienhadadas!
 Del cacao, oh mazorcas delicadas!
 El exquisito aroma
 Y el deleite que exhala su resina,
 Sirven a quien lo toma
 De mejor medicina
 Que la roja corteza de la quina.
 Su gusto delicado,
 ¿Podrá acaso igualarse en la substancia
 Al té tan celebrado
 En Inglaterra y Francia
 Y que la India produce en abundancia?
 O la salvia famosa
 Que en su cambio se lleva el europeo,
 Para el chino preciosa,
 Pues colma su deseo,
 Dándole la salud y su recreo?
 O al café finalmente,
 Que también en América ha nacido?
 No, no absolutamente
 Ni aun el maíz ha sido
 Al cacao delicioso preferido.
 Bien tostado y molido
 Con el azúcar blanco o la panela,
 En pastas dividido
 Sobre una limpia tela
 Se le mezclan vainillas y canela.
 Sobre el plato ya brilla
 La arepa, el pan tostado, el bizcochuelo,
 El queso y mantequilla,
 Y el hermoso espejuelo,
 Como ornamentos de este dón del cielo.
 Ya suena en la cocina

El agua por el fuego calentada,
 Y la olleta rechina
 Al caer acelerada
 La pastilla molida y preparada.
 ¡Bebida deliciosa!
 Cuando en su hervor el molinillo espuma,
 Y en pozuelo de loza,
 En el coco o totuma,
 El hombre bebe, y un cigarro fuma.
 De ella usa el potentado,
 El joven, el anciano, el opulento,
 El pobre desgraciado
 Que gime en su tormento;
 Y al sano y al enfermo da alimento!
 En vano la cruel muerte
 Prepara su guadaña, enfurecida,
 Pues obra de tal suerte
 Esta dulce bebida,
 Que prolonga por siglos nuestra vida.
 Mas a dónde me lleva
 Mi presunción y numen arrogante?
 Este asunto se eleva
 A esfera más brillante,
 Toca a otro, pues, que el chocolate cante.
 De mi sonora lira
 Recibe, empero, el eco destemplado
 Que el afecto respira
 Por tu placer amado
 De un constante, entusiasta apasionado.

Bogotá, septiembre 16 de 1829.

IGNACIO GUTIERREZ VERGARA

ODA

A LA QUE COMPUSO AL CHOCOLATE EL SEÑOR
IGNACIO GUTIERREZ

Del vencedor de Troya esclarecido
Hizo Homero perpetua la memoria:
De publicar su historia
El clarín de la fama está cansado,
Y su nombre ha ilustrado
Más que de Ilión el encendido fuego
La épica lira del famoso griego.

Cantó la tuya, mi querido Ignacio,
Del chocolate la grandeza y loores:
Y en poéticos primores

Tal lo pintaste que será dudoso
Si brilla más hermoso
En el pozuelo rebosando espuma,
O dibujado en tu valiente pluma.

Hacia tres siglos que a su imperio suave
Se sujetara el orbe complacido
Y ya se había extendido
Del antártico a la osa,
Sin que de su excelencia primorosa
Hubiese quien cantara
El dón precioso, la grandeza rara.

Las deidades que al mundo concedieron
Con paternal y bienhechora mano
Este precioso grano
Para su utilidad y su recreo,
Destinaban el ramo de Timbreo
A coronar las sienas
Del que cantase sus inmensos bienes.

En las tuyas, Ignacio, lo han ceñido:
Ya miro en ellas el laurel sagrado
Que en tiempo dilatado

Ninguno osó desear, ni es permitido,
Pues han establecido
Que en la sonora cítara de Apolo
El chocolate cante Ignacio solo.

Menos digno sin duda
De lograr tan hermoso testimonio,
El héroe Macedonio
Ordenó presuntuoso y arrogante
Que sólo retrasasen su semblante.
(Prohibido a otros buriles y pinceles)
Lysipo en bronce y en la tabla Apeles.

Tal decreto de Jove no ignoraba
Yo, que intenté, cual Icaro, algún día
Volar con osadía
De una cumbre sagrada hasta la altura.
Orgullosa locura!

Que derretidas vio con escarmiento
Las alas que le dio su atrevimiento
Tú mi caída funesta contemplaste
Y al modo que el impávido guerrero
Viendo a su compañero
Morir al golpe de enemiga lanza
Intrépido se avanza
Y ocupa el puesto tanto más honroso
Cuanto se ha acreditado peligroso.

Así volaste con heroico aliento
A coger el laurel que no era mío,
Y en la trompa de Clío
Del cacao celebraste la grandeza.

¡Oh bien lograda empresa
Bendición de tal fruto a la memoria!
Y gratitud al que nos dio su historia—
Eterna gratitud, pues si se debe
A quien tan solulífera bebida
En pequeña medida,

(Aunque para dar vida suficiente)
 Ofrece a una persona solamente:
 ¿Cuál se te debe a ti que en mejor modo
 Le diste chocolate al mundo todo?
 Lo diste, embrión en su preciosa planta,
 Lo diste en la mazorca producido
 Lo diste ya molido,
 Lo diste con canela y con vainilla,
 Lo diste en la pastilla,
 Y lo diste cayendo
 Entre la olleta con el agua hirviendo.
 Diste también la música sonora
 De todas la más grata y de más brillo,
 Que al batirlo produce el molinillo.
 En jícara también lo diste en suma
 De cuya bella espuma
 Mejor que en la del mar Venus naciera
 Si Venus digna de tal cuna fuera.—
 Y para hacer completo tu servicio,
 Lo diste en plato de dorada loza
 Con la corte que le hace numerosa
 En torno de su silla
 El bizcochuelo, queso y mantequilla,
 Cual otra vez del mundo a las señoras
 Acompañaban faces y lictores—
 Tu nombre unido inseparable siempre
 Con el de este alimento delicioso
 Será grande y famoso,
 Y llenará con auge sin segundo
 Los ámbitos del mundo,
 Mientras que su existencia se dilate,
 Mientras los hombres tomen chocolate.
 Así el que a Fidas, ateniense ilustre,
 Su Júpiter olímpico le ha dado,
 La fama ha eternizado,

Y veinte siglos que después corrieron
 Primero destruyeron
 El mármol duro de la estatua bella
 Que el nombre del autor grabado en ella,
 ¿Y qué imperio jamás tendrá el olvido
 Sobre el nombre perenne y duradero
 Que sea del chocolate compañero?
 Del chocolate cuyo aplauso entona
 De la una a la otra zona,
 El pobre, el rico, el sabio, el ignorante,
 El viejo, el mozo y el pequeño infante?
 Por tántas bocas tu obra celebrada,
 Atrevimiento sin igual sería
 El de la musa mía,
 Si añadir a tu fama algo quisiere—
 No, mi intento no es ése,
 Sino improbarte cuando dar ordenas
 A obra tan grande el infimo Mecenas.
 La distancia que hay desde tu númen
 Hasta la pequeñez que me limita,
 Mi gratitud excita
 Que no puedo expresar como quisiera,
 Este lugar hubiera
 Mejor que yo cualquiera merecido:
 Tanto cual yo, ninguno agradecido.

Yerbabuena, octubre 2 de 1829.

ANDRES MARIA MARROQUIN

